

DIOSES DE LOS MONTES, DEL AGUA, DEL FUEGO, DE LA TIERRA,
DE LA NOCHE Y DEL INFIERNO.

Tlaloc, ó *Tlalocateuctli*, señor del paraíso, era el dios del agua. Llamábanlo fecundador de la tierra y protector de los bienes temporales, y creían que residía en las más altas montañas, donde se forman las nubes, como las de Tlaloc, Tlaxcala y Toluca; por lo cual muchas veces iban á aquellos sitios á implorar su protección. Cuentan los historiadores nacionales que habiendo llegado á aquel país los Acolhuas, en el tiempo del primer rey chichimeca Xolotl, hallaron en la cima del monte Tlaloc, un ídolo de este dios, hecho de piedra blanca bastante ligera, que tenía la forma de un hombre sentado sobre una piedra cuadrada, con una vasija delante, llena de resina elástica y de toda especie de semillas, y todos los años repetían esta oblacion, en acción de gracias por las cosechas que habían recogido. Este ídolo se creía el más antiguo de todos los de aquella tierra, pues fué colocado por los antiguos Toltecas, y allí estuvo hasta fines del siglo XV ó principios del XVI: en cuyo tiempo Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, para conciliarse la benevolencia de sus súditos, lo quitó de aquel sitio y colocó en él otro ídolo de piedra negra muy dura; pero habiendo sido desfigurado por un rayo, y diciendo los sacerdotes que era castigo del cielo, fué vuelta á colocar la estatua antigua, y allí se conservó, en posesión de su culto, hasta que, promulgado el Evangelio, se hizo pedazos por orden del primer obispo de México.

Creían también los antiguos que en todos los montes había otros dioses, subalternos de Tlaloc. Todos ellos tenían el mismo nombre, y eran venerados, no solo como dioses de los montes, sino también como del agua. El ídolo de Tlaloc estaba pintado de azul y de verde, para significar los diversos colores que se ven en el agua. Tenía en la mano una vara de oro, espiral y aguda, con la que significaban el rayo. Tenía un templo en México, dentro del recinto del mayor, y los Mexicanos le hacían muchas fiestas al año.

Chalchiuhqueye ó *Chalchihuitlicue*, diosa de las aguas y compañera de Tlaloc. Era conocida con otros nombres expresivos,¹ que ó significaban los diversos efectos que causan las aguas, ó los colores que forman con su movimiento. Los Tlaxcaltecas la llamaban *Matlalcueye*, es decir, vestida de azul, y el mismo nombre daban á la altísima montaña de Tlaxcala, en cuya cima se forman nubes tempestuosas, que por lo común van á descargar hácia la Puebla de los Angeles. A aquellas alturas iban los Tlaxcaltecas para hacer sacrificios y oraciones. Esta es la misma diosa del agua, á la que da Torquemada el nombre de *Xochiquetzal*, y Boturini el de *Macuilxochiquetzalli*.

Giuhiteuctli, señor del año y de la yerba, era en aquellas naciones el núnen del fuego, al que daban también el nombre de *Ixcozauhqui*, que expresa el color de la llama. Era muy reverenciado en el imperio mexicano. En la comida le ofrecían el primer bocado de cada manjar, y el primer sorbo de la bebida, echando uno y otro al fuego, y en ciertas horas del día quemaban incienso en su honor. Le hacían cada año dos fiestas fijas muy solemnes: una en el sétimo

¹ *Apozotatl* y *Acucueyotl*, exprimen la hinchazón y vacilación de las olas; *Atlacamani*, las tempestades excitadas en el agua; *Ahuic* y *Ayah*, sus movimientos hácia una ú otra parte; *Xixiquipilihui*, el ascenso y descenso de sus olas, etc.

y otra en el décimosétimo mes: además, una fiesta movable, en que se nombraban los magistrados ordinarios y se renovaba la investidura de los feudos del reino. Tenía templo en México y en otras muchas partes.

Centeotl, diosa de la tierra y del maíz. Llamábanla también *Tonacayohua*,¹ es decir, la que nos sustenta. En México tenía cinco templos, y se le hacían tres fiestas en los meses tercero, octavo y undécimo; pero ninguna nación la reverenció tanto como los Totonacas, que la veneraban como su principal protectora y le edificaron un templo en la cima de un alto monte, servido por muchos sacerdotes exclusivamente consagrados á su culto. La miraban con gran afecto, porque creían que no gustaba de víctimas humanas, sino que se contentaba con el sacrificio de tórtolas, codornices, conejos y otros animales, que le inmolaban en gran cantidad. Esperaban que ella los libertaría finalmente del tiránico yugo de los otros dioses, los cuales los obligaban á sacrificarle tantos hombres. Pero los Mexicanos eran de distinta opinión, y en sus fiestas derramaban mucha sangre humana. En el referido templo de los Totonacas había un oráculo de los más famosos de aquel país.

Mictlanteuctli, dios del infierno, y *Mictlancihuatl* su compañera, eran muy célebres entre los Mexicanos. Creían, como ya hemos dicho, que estos núnenes residían en un sitio oscuroísimo que había en las entrañas de la tierra. Tenían templo en México, y su fiesta se celebraba en el mes décimosétimo. Hacíanles sacrificios y oblaciones nocturnas, y el ministro principal de su culto era un sacerdote llamado *Tliltlantenamacac*, el cual se pintaba de negro para desempeñar las funciones de su empleo.

Xoalteuctli, dios de la noche, era, según creo, el mismo *Meztli*, ó la luna. Otros dicen que era el *Tonatinuh*, ó sol, y otros que era un núnen diferente de aquellos dos. A esta divinidad encomendaban sus hijos para que les diese sueño.

Xoalticiti, médico nocturno, diosa de las cunas, á quien también encomendaban los niños para que cuidase de ellos durante la noche.

DIOSES DE LA GUERRA.

Huitzilopochtli, ó *Mexitli*, dios de la guerra, era el núnen más célebre de los Mexicanos y su principal protector.² De este núnen decían algunos que era puro espíritu, y otros que había nacido de mujer, pero sin cooperación de varón, y contaban de este modo el suceso: vivía en Coatepec, pueblo inmediato á la antigua ciudad de Tula, una mujer inclinadísima al culto de los dioses, llamada Coatlicue, madre de Centzonhuiznahui. Un día en que, según su costumbre, se ocupaba en barrer el templo, vió bajar del cielo una bola formada de plumas: tomola y guardola en el seno, queriendo servirse de las plumas pa-

¹ Dábanle también los nombres de *Tzinteotl* (diosa original), y los de *Xilonen*, *Istacacenteotl* y *Tliltlauhquicenteotl*, mudando el nombre según el estado del maíz.

² *Huitzilopochtli* es un nombre compuesto de dos, á saber: *Huitzilin*, nombre del hermoso pajarillo llamado *chupador*, y *opochtli*, que significa *sinistro*. Llamóse así, porque su ídolo tenía en el pié izquierdo unas plumas de aquella ave. Boturini, que no era muy instruido en la lengua mexicana, deduce aquel nombre de *Huitziton*, conductor de Mexicanos en sus peregrinaciones, y afirma que aquel conductor no era otro que aquella divinidad; pero además de que la etimología es muy violenta, esta supuesta identidad es desconocida por los Mexicanos, los cuales, cuando empezaron su romería, conducidos por Huitziton, adoraban ya de tiempo inmemorial aquel núnen guerrero. Los españoles no pudieron pronunciar el nombre de Huitzilopochtli: decían *Huichilobos*.

ra adorno del altar; pero cuando la buscó despues de haber barrido, no pudo dar con ella, de lo que se maravilló mucho, y más cuando se sintió embarazada. Continuó el embarazo, hasta que lo conocieron sus hijos, los cuales, aunque no sospechaban de su virtud, temiendo la afrenta que les resultaría del parto, determinaron evitarlo dando muerte á su madre. Ella tuvo noticias de su proyecto, y quedó sumamente afligida; pero de repente oyó una voz que salía de su seno, y que decía: "No tengais miedo, madre, que yo os salvaré con honor vuestro y gloria mía." Iban ya los desapiadados hijos á consumir el crimen, conducidos y alentados por su hermana Coyolxauhqui, que habia sido la más empeñada en la empresa, cuando nació Huitzilopochtli, con un escudo en la mano izquierda, un dardo en la derecha y un penacho de plumas verdes en la cabeza; la cara listada de azul, la pierna izquierda adornada de plumas, y listados tambien los muslos y los brazos. Inmediatamente que salió á luz, hizo aparecer una serpiente de pino, y mandó á un soldado suyo, llamado Tochan-calqui, que con ella matase á Coyolxauhqui, por haber sido la más culpable, y él se arrojó á los otros hermanos con tanto ímpetu, que á pesar de sus esfuerzos, sus armas y sus ruegos, todos fueron muertos, y sus casas saqueadas, quedando los despojos en poder de la madre. Este suceso consternó á todos los hombres, que desde entónces lo llamaron *Tetzahuitl* (espanto), y *Tetzauhteotl*, dios espantoso.

Encargado de la proteccion de los Mexicanos aquel númen, segun ellos decian, los condujo en su peregrinacion, y los estableció en el sitio en que despues se fundó la gran ciudad de México. Allí erigieron aquel soberbio templo, que fué tan celebrado aun por los mismos españoles, en el cual cada año hacian tres solemnísimas fiestas, en los meses nono, quinto y décimoquinto, además de las que celebraban de cuatro en cuatro, de trece en trece años, y al principio de cada siglo. Su estatua era gigantesca y representaba un hombre sentado en un banco azul, con cuatro ángulos, de cada uno de los cuales salía una gran serpiente. Su frente era tambien azul, y la cara estaba cubierta de una máscara de oro, igual á otra que le cubria la nuca. Sobre la cabeza tenia un hermoso penacho de la forma de un pico de pájaro; en el cuello una gargantilla compuesta de diez figuras de corazones humanos; en la mano derecha un baston espiral y azul, y en la izquierda un escudo, en que habia cinco bolas de plumas dispuestas en forma de cruz. De la parte superior del escudo se alzaba una banderola de oro con cuatro flechas, que segun los Mexicanos, le habian sido enviadas del cielo para ejecutar aquellas gloriosas acciones que hemos visto en la Historia. Tenia el cuerpo rodeado de una gran serpiente de oro, y salpicada de muchas figurillas de animales, hechas de oro y piedras preciosas. Cada uno de aquellos adornos é insignias tenia su significacion particular. Cuando determinaban los Mexicanos hacer la guerra, imploraban la proteccion de aquella divinidad con oraciones y sacrificios. Era el dios á que se sacrificaba mayor número de víctimas humanas.

Tlacahuepan-Cuexcotzin, otro dios de la guerra, hermano menor y compañero de Huitzilopochtli. Su ídolo era venerado con el de éste en el principal santuario de México; pero en ninguna parte se le daba más culto que en la capital de Texcoco.

Painalton, veloz ó apresurado. Dios de la guerra, y teniente de Huitzilopochtli. Invocabanlo en los casos repentinos de guerra, como al otro despues de declarada en virtud de una séria deliberacion. En semejantes ocasiones iban

los sacerdotes corriendo por todas las calles de la ciudad, con la imágen del dios, que se veneraba con las de los otros dioses guerreros. Llamábanlo á gritos, y le hacian sacrificios de codornices y de otros animales. Todos los militares estaban entónces obligados á tomar las armas en defensa de la ciudad.

DIOSES DEL COMERCIO, DE LA CAZA, DE LA PESCA, ETC.

Xacateuctli, el señor que guía. Dios del comercio, á quien hacian los Mexicanos dos grandes fiestas anuales, en el templo que tenia en la capital: una en el mes nono y otra en el décimosétimo, con muchos sacrificios de víctimas humanas y magníficos banquetes.

Mixcoatl, diosa de la caza y númen principal de los Otomites, los cuales, por vivir en los montes, eran casi todos cazadores. Honrábanla tambien con culto especial los Matlatzincas. En México tenia dos templos, y en uno de ellos, llamado *Teotlalpan*, le hacian, en el mes décimocuarto, una gran fiesta y sacrificios de animales montaraces.

Opochtli, dios de la pesca. Creíanlo inventor de la red y de los otros instrumentos de pesca, por lo que los pescadores lo veneraban como á protector. En Cuiclahuac, ciudad situada en una islilla del lago de Chalco, habia un dios de la pesca, llamado *Amimitl*, que quizás era el mismo *Opochtli* con distinto nombre.

Huixtocihuatl, dios de la sal, célebre entre los Mexicanos, por las salinas que tenian á poca distancia de la capital. Hacíanle una fiesta en el sétimo mes.

Tzapotlatenan, diosa de la medicina. La creian inventora del aceite llamado *Oxith*, y de los otros remedios. Honrábanla anualmente con sacrificios de víctimas humanas, y con himnos compuestos en su honor.

Texcatzoncatl, dios del vino, á quien daban otros nombres análogos á los efectos del vino, como *Tequechmecaniani*, el que ahorca, y *Teatlahuiani*, el que anega. Tenia templo en México, en que habia cuatrocientos sacerdotes consagrados á su culto, y donde cada año hacian, en el mes décimotercio, una fiesta á él y á los otros dioses sus compañeros.

Ixtlilton, el que tiene la cara negra, parece haber sido tambien dios de la medicina; porque llevaban á su templo niños enfermos, á fin de que los curase. Presentábanlos los padres, y los hacian bailar delante del ídolo, si se hallaban en estado de hacerlo, dictándoles las oraciones que debian decir para pedir la salud: despues les hacian beber un agua que los sacerdotes bendecian.

Coatlícue, ó *Coatlanlona*, diosa de las flores. Tenia en la capital un templo llamado *Topico*, donde le hacian fiesta los Xochimanquenses ó mercaderes de flores, en el mes tercero, que caia justamente en la primavera. Entre otras cosas le ofrecian ramos de flores primosamente entretreídos. No sabemos si esta diosa era la misma que algunos creian madre de Huitzilopochtli.

Tlazolteotl, era el dios que invocaban los Mexicanos para obtener el perdon de sus culpas y evitar la infamia que de ellas resultaba. Los principales devotos de esta divinidad eran los hombres lascivos, que con oblaciones y sacrificios imploraban su proteccion. Boturini dice que este númen era la Venus impúdica y plebeya, y *Macuilxochiquetzalli*, la Venus *pronuba*; pero lo cierto es que los Mexicanos no atribuyeron nunca á sus divinidades los vergonzosos efectos con que los griegos y los romanos infamaron á su Venus.

Xipe es el nombre que dan los historiadores al dios de los plateros,¹ el cual estaba en gran veneración en México; porque creían que todos los que descuidaban su culto, debían ser castigados con sarna, postemas, y otras enfermedades en la cabeza y en los ojos. Eran muy crueles los sacrificios que le hacían en su fiesta, la cual se celebraba en el segundo mes.

Nappateuctli, cuatro veces señor, era el dios de los alfareros. Decían que era benigno, fácil en perdonar las injurias que se le hacían, y muy liberal para con todos. Tenía dos templos en México, donde le hacían una fiesta en el mes décimotercio.

Omacatl era el dios de los regocijos. Cuando los señores Mexicanos daban algún convite, ó celebraban alguna fiesta, sacaban del templo la imagen de este dios y la ponían en el sitio de la reunión, creyendo que se exponían á una desgracia si dejaban de hacerlo.

Tonantzin, nuestra madre, era, según creo, la misma diosa Centeotl, de que ya he hablado. Su templo estaba en un monte, á tres millas de México, hacía el Norte, y á él acudían en tropel los pueblos á venerarla con un número extraordinario de sacrificios. En el día está al pié del mismo monte el más famoso santuario del Nuevo-Mundo, dedicado al verdadero Dios, á donde van gentes de los países más remotos á venerar la celeberrima y prodigiosa imagen de la Virgen Santísima de Guadalupe, trasformándose en propiciatorio aquel lugar de abominación, y difundiendo abundantemente sus gracias el Señor en favor de los hombres, en el sitio bañado con la sangre de sus abuelos.

Teteoinan era la madre de los dioses, como su nombre lo indica; pero como los Mexicanos se creían hijos de los dioses, la llamaban también *Tocitsin*, que quiere decir, nuestra abuela. Del origen y del apoteosis de este falso númen he hablado ya en otra parte, á propósito de la trágica muerte de la princesa de Acolhuacan. Tenía un templo en México, y su fiesta se celebraba solemnísimamente en el mes undécimo. Los Tlaxcaltecas le daban un culto particular, y las lavanderas la miraban como á su protectora. Casi todos los escritores españoles confunden á Teteoinan con Tonantzin; pero son realmente distintas.

Ilamateuctli, á quien hacían fiesta el día tercero del mes décimosétimo, parece haber sido la diosa de las viejas. Su nombre significa *señora vieja*.

Tepitoton, pequeños, era el nombre que daban á los Penates ó dioses domésticos, y á los ídolos que los representaban. De éstos debían tener seis en sus casas los reyes y los caudillos; cuatro los nobles, y dos los plebeyos. En los caminos y calles los había con profusión.

Además de estos dioses, que eran los más notables, y otros que omito, por no cansar á los lectores, tenían doscientos y sesenta, á los que se consagraban otros tantos días del año, dando á cada día su nombre correspondiente. Estos nombres son los que se ven en los primeros trece meses del calendario.

Las otras naciones de Anáhuac tenían casi los mismos dioses que los Mexicanos: sólo variaban en las solemnidades, en los ritos y en los nombres. El númen más celebrado en México era Huitzilopochtli; en Cholula y en Huexotzinco, Quetzalcoatl; entre los Totonacas, Centeotl, y entre los Otomites, Mixcoatl. Los Tlaxcaltecas, aunque rivales eternos de los Mexicanos, adoraban las mismas divinidades que ellos: su dios favorito era también Huitzilopochtli, pero con el nombre de *Camaxtle*. Los texcocanos, como amigos, con-

¹ Xipe no significa nada. Creo que los escritores españoles, ignorando el nombre mexicano de este dios, le dieron el de su fiesta Xipehualiztli, tomando tan solo las dos primeras sílabas.

federados y vecinos de los Mexicanos, se conformaban con ellos en todo lo relativo al culto.

IDOLOS, Y MODO DE REVERENCIAR A LOS DIOS.

Las representaciones ó ídolos de aquellas divinidades, que se veneraban en los templos, en las casas, en los caminos y en los bosques, eran infinitos. El señor Zumárraga, primer obispo de México, asegura que los religiosos franciscanos habían hecho pedazos, en el espacio de ocho años, más de veinte mil ídolos; pero este número es pequeño con respecto á los que había tan solo en la capital. Las materias de que ordinariamente se hacían, eran barro, algunas especies de piedra y madera; pero los formaban también de oro y otros metales, y aun algunos de piedras preciosas. Benedicto Fernandez, célebre misionero dominicano, halló en un altísimo monte de Achiauhtla, en Mixteca, un idolillo llamado por aquellos pueblos *Corazon del pueblo*. Era una preciosísima esmeralda, de cuatro dedos de largo y dos de ancho, en que estaba esculpida la figura de un pajarillo, rodeado de una sierpe. Los españoles que lo vieron, ofrecieron por él mil quinientos pesos; pero el celoso misionero lo redujo á polvo, con grande aparato, y en presencia de todo el pueblo. El ídolo más extraordinario de los Mexicanos era el de Huitzilopochtli, que hacían con algunos granos, amasados con sangre de las víctimas. La mayor parte de los ídolos eran feos y monstruosos, por las partes extravagantes de que se componían, para representar los atributos y funciones de los dioses simbolizados en ellos.

Reconocían la falsa divinidad de aquellos númenes, con ruegos, genuflexiones y postraciones, con ayunos y otras austeridades, con sacrificios y oraciones, y con otros ritos, en parte comunes á otros pueblos, y en parte propios exclusivamente de su religion. Les rezaban comunmente de rodillas, y con el rostro vuelto á Levante, y por esto edificaban la mayor parte de sus santuarios con la puerta á Poniente. Les hacían votos para sí mismos y para sus hijos, y uno de ellos solía ser el de consagrar éstos al servicio de los dioses en algún templo ó monasterio. Los que peligraban en algún viaje, ofrecían ir á visitar el templo de Omacatl y ofrecerle sacrificios de incienso y papel. Valíanse del nombre de algún dios para asegurar la verdad. La fórmula de sus juramentos era esta: "*¿Cuix amo nechitla in Toleolzin?*" "*¿Por ventura no me está viendo nuestro dios?*" Cuando nombraban al dios principal ó á otro cualquiera de su especial devoción, se besaban la mano, después de haber tocado con ella la tierra. Este juramento era de gran valor en los tribunales, para justificarse de haber cometido algún delito; pues creían que no había hombre tan temerario que se atreviese á abusar del nombre de dios, sin evidente peligro de ser gravísimamente castigado por el cielo.

TRASFORMACIONES.

No faltaban en aquella mitología metamorfosis ó trasformaciones. Entre otras contaban que habiendo emprendido un hombre llamado *Xapan* hacer penitencia en un monte, tentado por una mujer, cometió adulterio; por lo cual lo decapitó inmediatamente Xaotl, á quien los dioses habían dado el encargo de velar sobre la conducta de Xapan. Este fué trasformado en escorpión negro.

No contento Xaotl con aquel castigo, persiguió tambien á su mujer Tlahuiztín, la cual fué trasformada en escorpion rubio, y el mismo Xaotl, por haber traspasado los límites de su encargo, quedó convertido en langosta. A la vergüenza de aquel delito atribuyen la propiedad del escorpion de huir de la luz y de esconderse entre las piedras.

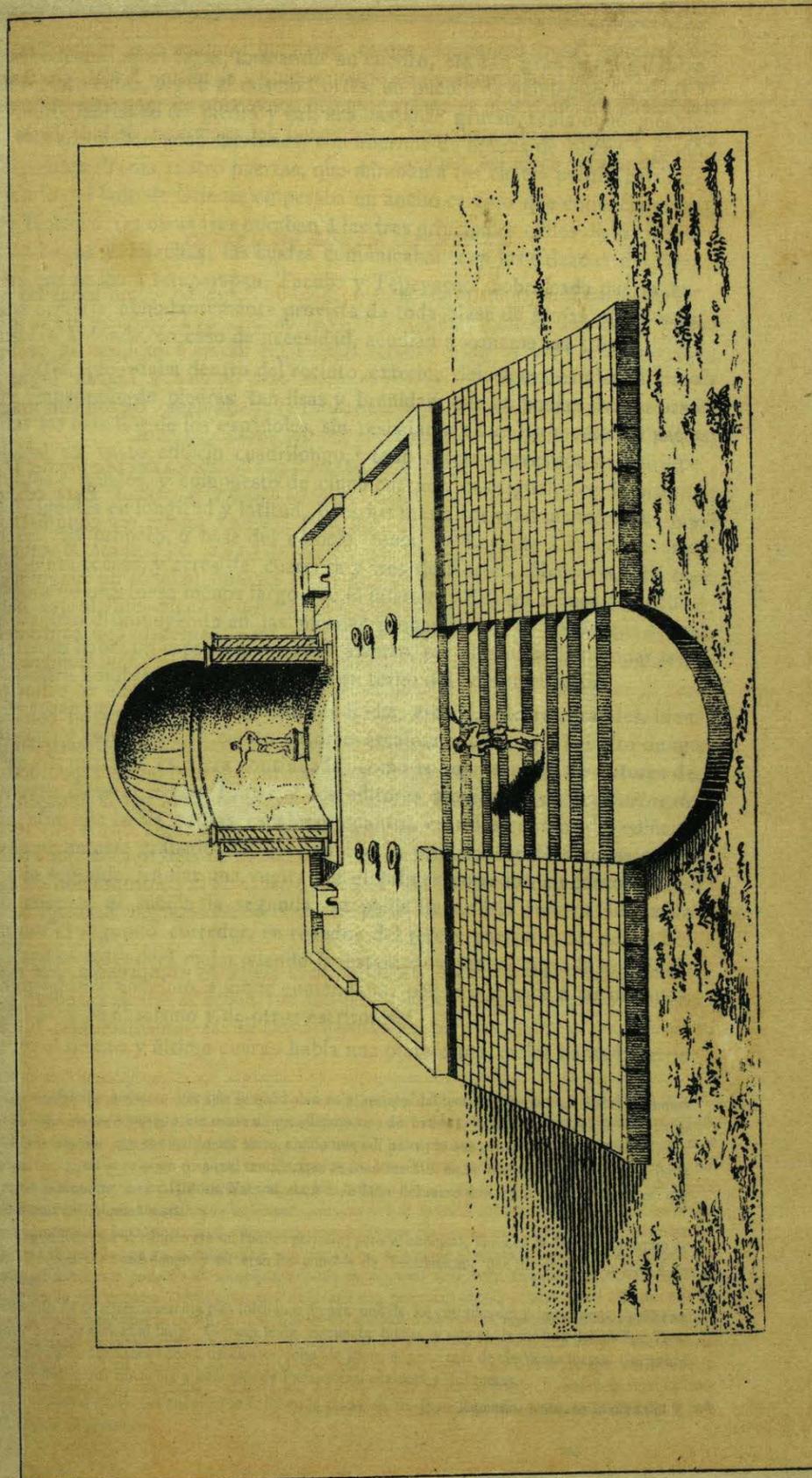
EL TEMPLO MAYOR DE MEXICO.

Tenian los Mexicanos y los otros pueblos de Anáhuac, como todas las naciones cultas del mundo, templos ó lugares destinados al ejercicio de su religion, donde se reunian para tributar culto á sus dioses é implorar su proteccion. Llamaban al templo *Teocalli*, es decir, casa de dios, y *Teopan*, lugar de dios; cuyos nombres, despues que abrazaron el cristianismo, dieron con mayor propiedad á los templos erigidos en honor del verdadero Dios.

La ciudad y el reino de México empezaron por la fábrica del templo de Huitzilopochtli, ó sea *Mexitli*, de donde tomó su nombre la ciudad. Este edificio fué desde luego una pobre cabaña. Amplióla Itzcoatl, primer rey conquistador de aquella nación, despues de la toma de Azcapozalco. Su sucesor, Moteuczoma I, fabricó un nuevo templo, en que habia algunos indicios de magnificencia. Finalmente, Ahuítzotl construyó y dedicó aquel vasto edificio que habia sido planteado por su antecesor Tizoc. Este fué el santuario que tanto celebraron los españoles despues de haberlo arruinado. Quisiera que hubiera sido tanta la exactitud que nos dejaron de sus medidas, como su celo en echar por tierra aquel soberbio monumento de la supersticion; pero escribieron con tanta variedad, que despues de haberme fatigado en comparar sus descripciones, no he podido adquirir datos seguros sobre sus medidas: ni hubiera podido formarme idea de la arquitectura de aquella obra, si no fuera por la imágen que nos presenta á la vista el conquistador anónimo, cuya copia doy á mis lectores, aunque en las medidas me conformo más con su descripcion que con su dibujo. Daré lo más verosímil que he podido sacar de la confrontacion de cuatro testigos oculares, omitiendo lo dudoso para no sobrecargar la imaginacion con datos inútiles.¹

Ocupaba este gran templo el centro de la ciudad, y comprendia, con otros templos y edificios anexos, todo el sitio que hoy ocupa la iglesia catedral, parte de la plaza mayor, parte de las calles y casas de las inmediaciones. El mu-

¹ Los cuatro testigos oculares, cuyas descripciones he comparado, son el conquistador Cortés, Bernal Diaz, el conquistador anónimo y Sahagun. Los tres primeros vivieron muchos meses en el palacio del rey Axayacatl, cerca del templo, y á cada instante lo veian. Sahagun, aunque no lo alcanzó entero, vió una parte de él, y pudo reconocer el sitio que ocupaba. Gomara, aunque no estuvo en México, recogió noticias de los que se habian hallado en la conquista. Acosta, cuya descripcion copiaron Herrera y Solís, en lugar de hablar del templo mayor, habla de otro muy diferente. Este autor, aunque digno de fé en muchas cosas, no estuvo en México, sino sesenta años despues de la conquista, cuando ya no existia el templo. En una edicion holandesa de Solís, se publicó un dibujo del templo mayor, sumamente inexacto, el cual sin embargo copiaron despues los autores de la *Historia General de los Viajes*, y se halla tambien en una edicion de las Cartas de Cortés, hecha en México en 1770; pero para que se vea el descuido de los editores, compárese la relacion de este caudillo con el dibujo. Cortés dice en su primera carta (aunque hiperbólicamente) que el templo mayor de México era más alto que la torre de la catedral de Sevilla, y en el dibujo apenas tiene seis ú ocho toesas de altura. Cortés dice que en el atrio superior del templo se fortificaron quinientos nobles Mexicanos, y en el espacio que representa el dibujo apenas podrian caber sesenta ú ochenta hombres. En fin, y dejando otras muchas contradicciones, Cortés dice que el templo tenia de tres á cuatro cuerpos, con sus corredores ó terrados, y en el dibujo no se ve más que un cuerpo sin corredores.



OTRA FORMA DE TEMPLO.